



www.loqueleo.com/es

© 2004, María Isabel Molina

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-226-2

Depósito legal: M-40.783-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: septiembre de 2018

Más de 6 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Más rápido, más alto, más fuerte

María Isabel Molina

Ilustración de cubierta de Riki Blanco

loqueleg

La llegada

Alejandro subió a cubierta. A pesar de lo temprano de la hora, hacía ya calor. La tarde anterior el barco había fondeado fuera del puerto y había permanecido toda la noche meciéndose con la marea. Con las primeras luces del día, el capitán dio las órdenes y los remeros impulsaron la nave hacia el puerto, mientras en cubierta los marineros preparaban el desembarco de la carga. Por oriente, el cielo se iluminaba de azul pálido y rosa; por el oeste, todavía brillaban las estrellas. Se oía el rítmico chapoteo de los remos. Se dirigió hacia la proa, donde el capitán vigilaba la maniobra.

—¡Qué bien huele!

El capitán le contempló con burla. Al lado de Alejandro, alto y delgado, el capitán, más bajo y más fornido, parecía casi cuadrado.

—A estas horas, la marea arroja los residuos a la costa. Huele a basura. Seguro que eres del Peloponeso. ¿Hace mucho que no vienes a tu tierra?

—Creí que no volvería jamás, y que si volvía no recordaría nada..., pero el amanecer, los ruidos..., los olores... son los mismos que cuando embarqué hace tantos años.

8 El capitán gritó una orden, los remos se alzaron del agua con un chapoteo y la nave se deslizó de costado hacia el puerto.

—¿Dónde has vivido?

Alejandro compuso una imperceptible mueca de disgusto.

—En Roma, hasta ahora.

El capitán le abarcó de una mirada. Alejandro vestía una túnica del mejor algodón color vino y una toga ribeteada. Las sandalias de cuero fino y el ancho brazalete de plata denunciaban una buena posición a pesar de su evidente sencillez.

—Y no te ha ido nada mal, según se ve...

Alejandro no replicó; se fingió absorto en la vista del puerto. No iba a contar su historia; no en ese momento; no al capitán de una galera.

Pero el silencio no desanimó a este.

—¿Vienes a las olimpiadas?

—Acompaño al joven Lucio, uno de los participantes en las carreras de carros; es un encargo de su padre. Me lo propuso y me pareció una buena oportunidad de volver a ver mi tierra junto a mi mujer y mi hija.

—¿Cuándo te fuiste de Grecia?

—Cuando tenía ocho años —contestó sin volver la cabeza—. Ahí está mi mujer... ¡Victoria!

9

La nave rozó con la estructura de madera del desembarcadero, y un marinero, con un grueso cabo en la mano, saltó a tierra para proceder al amarre. Otros preparaban la plancha de desembarco. El sol se levantaba ya en el horizonte y el mar era intensamente azul.

Victoria se acercó con la niña en brazos. Apenas había cambiado desde los días de Jerusalén. Su figura se había redondeado algo y había una expresión de felicidad en sus ojos claros. La seguía Prisca, su vieja niñera, con un voluminoso bulto de ropa. Se acercó a los dos hombres.

—¡Qué día más hermoso ha amanecido! Ya estamos listas. Muchas gracias, capitán. Ha sido un buen viaje.

El capitán inclinó la cabeza en un saludo deferente.

—Siempre es un placer atender a la familia del senador Cornelio.

10 Por una rampa que ascendía desde el interior del barco, unos hombres empujaban concienzudamente un bulto protegido con telas de lana atadas con cuerdas.

Alejandro se despidió:

—Disculpa, capitán; tengo que vigilar el desembarco del carro y de los caballos.

Con mucho cuidado, los marineros amarraron el bulto a una cuerda que pasaba por una polea y lo descargaron en el muelle, donde aguardaba una carreta tirada por bueyes.

Dos mozos subían ya los caballos; inquietos por el viaje, relinchaban y les resbalaban los cascos sobre la rampa. Apenas se vieron en cubierta, empezaron a cocear y a encabritarse. Eran cuatro: dos de pelo rojizo, uno con manchas y una yegua negra de gran alzada.

Un muchacho muy joven, de ojos negros y pelo rizado, sujetaba las riendas de los dos rojizos mientras trataba de calmarlos.

—¡Trueno! ¡Rayo! Vamos, vamos, abajo, tranquilos..., tranquilos... No pasa nada..., no pasa nada... Ya ha terminado el viaje..., ya bajamos a tierra...

Levantó la vista.

—¡Alejandro! ¡Necesito ayuda! Están muy nerviosos. Yo solo no voy a poder bajar con los cuatro. Sujeta tú a Relámpago y a Tormenta.

Alejandro se acercó de un salto y tomó las riendas del caballo pinto con una mano, mientras que con la otra palmeaba la grupa de la yegua.

—Ya hemos llegado... Tranquila, tranquila, buena chica...

Los dirigió hacia la rampa de desembarco. Los animales se cruzaron en diagonal resbalando sobre la pendiente de madera, y con un agudo relincho, tropezando el uno con el otro, aterrizaron en el muelle.

—Baja a los otros, Mauro.

Los otros dos caballos, tal vez menos asustados o más tranquilos al ver a sus compañeros en tierra, resbalaron sobre la madera sin ofrecer tanta resistencia.

Alejandro volvió al barco.

—Vamos a tierra, Victoria.

—¿Sabes si Lucio está preparado?

Él sonrió:

—Despertar a Lucio ya no es una de mis responsabilidades, Victoria. Supongo que alguno de sus esclavos lo habrá hecho. Si continúa dormido, el barco no va a zarpar, así que se nos unirá en cualquier momento. Vamos a tierra. Hay que buscar acomodo para los caballos y para nosotros.

12

Ayudó a las dos mujeres a bajar a tierra.

—¿Dónde nos vamos a alojar? —preguntó Victoria.

—Todos los participantes, Lucio, los caballos y los hombres que los cuidan tendrán que alojarse en Olimpia. Los jueces obligan a que los concursantes queden bajo su vigilancia. Yo tendré que ir y venir porque soy el responsable del grupo. Buscaremos posada en el pueblo por unos días. Luego viviremos en las tiendas que se levantan en la llanura, a las puertas de Olimpia. Durante los juegos se convierte en una gran ciudad. Nunca estuve, pero recuerdo las narraciones de mi abuelo.

Victoria sonrió. Le hacía gracia el entusiasmo de Alejandro. Desde que la tierra griega se dibujó en el horizonte, el aire era más limpio, el clima

más suave y el puerto el mejor. A Alejandro, tan sereno y ponderado, le fallaba el criterio cuando se trataba de su tierra. En realidad, hacía mucho calor; el puerto no era muy grande, no parecía tener mucho tráfico y necesitaba varias reparaciones.

Tras la conquista, 200 años antes, Roma había permitido a Grecia —ahora provincia de Acaya— continuar con sus fiestas, sus dioses y sus juegos en Olimpia. Incluso tomaba parte con atletas entrenados especialmente por orden de los patricios y los ricos plebeyos. Sin embargo, también había impuesto por todas partes la eficiente administración romana y había llenado Grecia de calzadas y acueductos.

Dos hombres cargaron el carro de carreras desarmado en la carreta. El joven Mauro ató los caballos a la trasera del transporte, dos a cada lado, con las riendas largas para que trotasen sin estorbarse. Los animales parecían mucho más sosegados desde que habían pisado tierra firme.

—Nos vamos hacia las cuadras, Alejandro.

—Buscaré posada para Victoria y la niña, y luego me adelantaré para hacer la inscripción, Mauro. Os tienen que señalar el lugar. Si no he llegado, aguardadme.

Por un extremo del malecón se acercaba, casi corriendo, una figura femenina vestida con una túnica clara. Cuando estuvo más cerca, Victoria vio que era muy joven y que ni siquiera llevaba velo en la cabeza, coronada por dos trenzas oscuras de las que se escapaban pequeños rizos. La seguían dos criados corpulentos que hubiesen podido pasar por descargadores del muelle. Tropezó con la carreta en su carrera, y Mauro la sostuvo un momento.

—¿Te has hecho daño, señora?

Le miró, aturdida con su prisa, sin comprender. Se desasió y se acercó a Alejandro respirando con fatiga.

—Perdón, casi no llego. Me dijeron que el barco atracaría más tarde. Tú eres Alejandro, ¿verdad?

Antes de que este pudiese responder, se oyeron unas pisadas en la pasarela, y una voz dijo:

—¡Alejandro! No me han despertado a tiempo.

Alejandro se volvió. Su voz tenía un matiz bur-lón:

—Salve, Lucio. ¿Has descansado bien? Sí, veo que te han despertado, ya que te encuentras aquí, entre nosotros... ¿Acaso no se lo habías avisado a tu esclavo personal?

Un fuerte tono rojo tiñó la cara de Lucio. Era un muchacho joven, pero su ropa le hacía parecer mayor. Se había vestido con una túnica corta bordada y una toga plisada a la última moda, con una ancha franja adamascada. Una cinta de cuero trenzado le sujetaba los rizos oscuros de un pelo bastante largo para las costumbres romanas. Tenía los ojos negros y vivos, y como no era muy alto se había calzado unas sandalias de doble suela para aparentar más estatura.

—¿No lo tenías que hacer tú?

Alejandro rio.

—Dejé de hacerlo cuando tenías 10 años, querido Lucio... Pero dejemos eso. Te alojarás junto a los demás participantes en el Altis, el recinto cerrado de la ciudad. El carro ya está cargado y los caballos preparados. Puedes partir cuando quieras. Tu equipaje lo llevarán más tarde.

Con grandes zancadas y mucho ruido, Lucio se acercó a la carreta. Al pasar al lado de los caballos, le dio una palmada en la grupa a uno de ellos.

El animal, excitado todavía por el viaje, pegó un respingo y coceó nervioso contra la rueda de madera

de la carreta. Su compañero tiró de las correas que lo sujetaban y empujó al primero.

Mauro se interpuso y los dominó no sin cierta dificultad.

—Ya... ¡Ya! ¡Yaaa!

—¡Estos caballos están mal sujetos! —gritó Lucio.

16

—Perdona, señor. —Mauro luchaba todavía con las riendas—. Están nerviosos por el viaje. Se calmarán con el ejercicio. Con tu permiso, nos vamos ya.

La carreta se puso en marcha lentamente con los cuatro caballos atados a la trasera. Del barco, un esclavo bajaba un caballo más grueso y de menor alzada ya ensillado. Lucio lo montó de un salto.

—¡Nos veremos en Olimpia!

No había saludado, y se marchó sin despedirse ni de Victoria ni de la adolescente recién llegada.

Alejandro extendió las manos en un gesto de disculpa.

—Ese es Lucio, el hijo de Pompilio, que quiere competir en las carreras de carros. Y yo soy Alejandro. Preguntabas por mí. ¿Qué me ibas a decir antes de que Lucio interrumpiera?

La muchacha no respondió de momento. Tenía los ojos clavados en Mauro, que se alejaba lentamente con la carreta.

Como si le costase hacerlo, volvió la cabeza hacia Alejandro.

—¡Qué hermosos caballos! Harán una gran carrera. Alejandro, recibe nuestra bienvenida. Mi padre está de viaje y volverá esta noche; pero nos ha ordenado a mi madre y a mí que os recibamos y os conduzcamos a nuestra casa. Desea que, durante tu estancia en Olimpia, tú y tu familia os alojéis con nosotros —rio, nerviosa ante la sorpresa de Alejandro—. ¡Perdón por mi torpeza! No me he explicado bien... Para empezar, me tenía que haber presentado de manera apropiada... Alejandro, yo soy Ágata, la hija menor de tu hermano Héctor, que, como te he dicho, desea que tú y tu familia os hospedéis en nuestra casa.